

brazos y la besó en la mejilla. Ella le devolvió el beso, sin apartar la vista del fuego.

— ¡Dime, Lu! He pensado que haría bien en venir, de paso, á decirte una palabra de lo que se está fraguando, bien que supongo lo habrás adivinado, aun que nada papá te haya dicho de ello. Es preciso que me marche, pues he dado cita á algunos amigos, para esta noche. ¿No olvidarás que me quieres?

— No, querido Tom, no lo olvidaré.

— Eres una buena muchacha — dijo Tom — ¡Adiós, Lu!

Ella le dió afectuosamente las buenas noches, acompañándole hasta el exterior, por el que se divisaban los fuegos de Cokeville, encendiendo el horizonte lejano. Quedóse inmóvil, con la vista fija en aquellas claridades vagas, escuchando el ruido que hacían los pasos de Tom, mientras andaba. Este se alejó rápidamente, como si estuviera alegre por escapar de Pedro-Loge. Estaba ya lejos, habiendo cesado el ruido de sus pasos, y ella continuaba allí, de pie en el mismo sitio. Parecía como si tratase de descubrir, primero en las resplandores de su chimenea, luego en la neblina de fuego que se elevaba sobre la ciudad, qué clase de tejido el viejo tiempo, el más grande y antiguo entre los hiladores, iba á for-

mar con aquellos mismos hilos de que habia hecho una mujer. Pero la fábrica de este viejo está escondida, no se sabe dónde; su maquinaria no hace ruido y sus obreros son sordomudos.

## CAPÍTULO XV

PADRE É HIJA

Aunque el Sr. Gradgrind no se pareciese á Barba-Azul, su gabinete ofrecía el aspecto de una habitación azul, habida cuenta del número de *libros azules* (1) que se encontraban allí reunidos. Todo lo que las memorias pueden probar (y, por lo general, prueban lo que se quiere) estaba demostrado en aquel regimiento de folletos que á cada instante venían á reforzar nuevos reclutas. Las más enrevesadas cuestiones sociales se veían adicionadas, totalizadas y arregladas por siempre en aquella sala encantada. ¡Si lo hubieran sabido aquellos á quienes la materia puede interesar! Como un astrónomo que hiciese construir un observatorio sin ventana y se instalara en él para

(1) *Blue-books*, memorias impresas por orden del Parlamento, llamándose así por razón de la cubierta.

arreglar con pluma, tinta y papel el mundo de las estrellas, el señor Gradgrind, aposentado en su observatorio (¡cuántos hay de parecidos!) podía arreglar el destino de los seres de su alrededor sobre una pizarra y enjugar todas sus lágrimas con un sucio pedazo de esponja, sin necesidad de echar una mirada sobre ellos.

Luisa dirigió aquella mañana sus pasos hacia aquel observatorio, habitación severa, adornada con un reloj, cuyo aspecto nublado tenía algo de estadístico, marcando cada segundo con un golpe, como si se diera éste en la tapa de un ataúd. Una de las ventanas se abría sobre Cokeville y, cuando la joven se sentó junto á la mesa de su padre, fijóse en las altas chimeneas y las largas hileras de humo que se elevaban, oscura y tristemente, en lontananza.

— Querida Luisa — empezó el Sr. Gradgrind — por lo que ayer te dije, supongo que estarás muy atenta á la conversación que vamos á tener. Se te ha educado muy bien y haces tal honor á la educación recibida, he de reconocerlo con gusto, que tengo mucha confianza en tu buen sentido. No eres apasionada, no eres romancesca, estás acostumbrada á ver las cosas con la tranquila imparcialidad de la razón y del cálculo. Espero que así considerarás la comunicación que voy á hacerte.

Aguardó, como si deseara que ella respondiese algo. Pero ella no dijo palabra.

— Luisa, querida mía, eres objeto de una proposición de matrimonio, que se me ha dirigido.

Aguardó también, y tampoco esta vez respondió ella una palabra. Este silencio le sorprendió de tal modo, que le hizo repetir lentamente :

— Una proposición de casamiento, querida.

Entonces ella replicó, sin ofrecer el menor signo de emoción.

— Lo he oído bien, papá. Le aseguro que estoy muy atenta.

— ¡Vamos! — dijo el Sr. Gradgrind, sonriendo, después de experimentar cierta desazón — te dominas más de lo que esperaba, Luisa. ¿Estabas quizá preparada de antemano á oír la comunicación que estoy encargado de hacerte?

— No puedo decirlo, sin conocerla. Está ó no preparada, deseo enterarme de ello por V. Prefiero oírlo de sus labios.

Lo sorprendente era que el Sr. Gradgrind se hallaba, en aquel instante, menos tranquilo que su hija. Tomó un cortapapeles, lo revolvió, lo dejó en la mesa, volvió á tomarlo por segunda vez y vióse obligado á pasear su mirada por la hoja, antes de saber como proseguir la confidencia.

— Lo que acabas de decir, Luisa, no puede ser más razonable. He prometido anunciarte... Bien, el señor Bounderby me ha expresado que, desde hace mucho tiempo, seguía tus progresos con gusto é interés particulares, habiendo aguardado, también desde hace mucho tiempo, el día de poderte ofrecer su mano. Este día, que ha aguardado tanto y con tanta constancia, hay que decirlo, ha llegado por fin. Me ha hecho su petición y me ha suplicado que te la transmita, en la esperanza de que la acogerás favorablemente.

El padre y la hija permanecen en silencio. El reloj, con su estadística lúgubre, toca de un modo cavernoso. La humareda lejana parece muy negra y sombría.

— Papá — dijo, al fin, Luisa — ¿cree V. que yo quiero al Sr. Bounderby?

Esta pregunta inopinada confundió mucho al Sr. Gradgrind.

— A la verdad, hija mía — respondió — yo... á la verdad... no puedo contestar, por mi parte, esta pregunta.

— Papá — prosiguió Luisa — ¿me pide V. que quiera al Sr. Bounderby?

— A la verdad, querida mía — dijo Gradgrind — es difícil responder á esta pregunta...

— ¿Difícil de responder con un sí ó un no, papá?

— Ciertamente, querida mía. Pues... aquí habría algo que demostrar y esto remonta... La contestación depende esencialmente, Luisa, del sentido que demos á la palabra empleada. El Sr. Bounderby no te hace la injusticia, ni se le hace á sí mismo, de pretender algo de romancesco, fantástico ó (empleando vocablos sinónimos) sentimental. El Sr. Bounderby hubiera aprovechado poco las ocasiones que ha tenido de verte crecer y desarrollarte sus ojos, si pudiera olvidar lo que debe á tu buen sentido, al suyo propio, hasta el extremo de ver las cosas bajo este punto de vista. Podría resultar... sólo es una presunción y te le expongo... que el término que has usado no sea la expresión propia.

— ¿Qué expresión me aconseja V. emplear, papá, en su defecto?

— Pues, querida Luisa — dijo el Sr. Gradgrind, que había dado, por fin, con todos sus medios — te aconsejaría (ya que me lo consultas) que juzgases este asunto como estás hecha á observar los demás, es decir, como un hecho positivo. Los ignorantes y aturdidos podrían sobrecargar un hecho de esta índole con una porción de fantasías extrañas y absurdas

que, examinadas, no tienen valor ni sombra de existencia. No es lisonja decir que tu no cometes tales errores. Veamos ¿cuáles son los hechos de que se trata? Establezcamos que, en cifras redondas, cuentas veinte años; fijemos que el Sr. Bounderby, en números enteros, tiene cincuenta. Existe alguna desproporción entre vuestras edades respectivas; entre vuestras fortunas y posición no hay ninguna; al contrario, bajo este punto, os es de perfecta y mútua conveniencia. ¿No se trata, pues, de conocer si tal desproporción basta para ser obstáculo al casamiento? Antes de considerar este punto, no carece de importancia consultar la estadística de matrimonios (tal como se ha podido formular hasta aquí) en Inglaterra y el condado de Gales. Hallo, al fijarme en los guarismos, que muchos de estos enlaces se han efectuado entre personas de edad muy desigual y que, en una proporción de más de tres cuartos, el marido es de más edad entre las partes contratantes. Hecho notable (puesto que patentiza como está extendida la ley de que te hablo), es que entre los indígenas de nuestras colonias de las Indias, así como la mayor parte de los pueblos de la China, sin descontar á los Calmucos de Tartaria, las cantidades que se nos han facilitado hasta hoy por los viajeros más fehacientes,

dan un resultado idéntico. La desproporción aludida deja, en parte, de constituir desproporción y virtualmente se halla casi destruida.

— ¿Qué palabra me aconseja V. que emplee, papá — preguntó Luisa, pues estos resultados satisfactorios no habían turbado en lo más mínimo su tranquilidad y su reserva — en vez de la que he usado ahora mismo, en vez del vocablo impropio?

— Luisa — replicó su padre — nada me parece más sencillo. Limitándote estrictamente al examen del hecho, debes dirigirte la pregunta siguiente: ¿Pide el Sr. Bounderby que me case con él? Sí, lo pide. La única dificultad que entonces queda por resolver es la de: ¿He de casarme con él? Me parece esto muy sencillo.

— ¿He de casarme con él? — repitió Luisa, con mucha sangre fría.

— Justamente. Me congratulo, como padre, en pensar que no examinas esta cuestión con las ideas y maneras de la mayor parte de las chicas de tu edad.

— En efecto, tiene V. razón, papá — respondió ella.

— Tú eres quien debe decidir — dijo el Sr. Gradgrind. — Te he expuesto el hecho del modo como acostumbran hacerlo los espíritus prácticos; te lo he expuesto tal como se expuso.

en su tiempo, á tu madre y á mi. Lo restante, Luisa, debes decidirlo tú.

Desde el principio de la conversación, la joven tenía fijos los ojos en su padre. Mientras éste se arrellanaba en su sillón y dirigía también á ella una mirada profunda, quizá observó en su hija un instante, sólo un instante, de vacilación, en que ella se sintió impulsada á echarse en sus brazos, para confiarle las emociones de un corazón rechazado duramente. Para que pudiese ver esto, hubiera sido preciso que el Sr. Gradgrind saltase, á pies juntillas, por la barrera social que se elevaba, desde tiempo, entre él y las esencias sutiles de humanidad, que escapan á las más hábiles deducciones del álgebra, hasta el momento en que el sonido de la trompeta suprema haga entrar el álgebra en la nada. Las barreras eran demasiado numerosas y elevadas para que pudiera franquearlas de un salto. Gracias á la expresión impasible, utilitaria y práctica de su rostro, contuvo el impulso de la joven y la ocasión precipitóse en el abismo del pasado, para confundirse en todas las ocasiones perdidas que el tiempo ha sumergido en él. Dejó ella de mirar á su padre, quedando largo rato en la contemplación de la ciudad, sin proferir palabra, hasta que el Sr. Gradgrind exclamó :

— ¿Consultas acaso las chimeneas de las fábricas de Cokeville, Luisa ?

— En apariencia, sólo hay allí una humareda perezosa y monótona; mas en llegando la noche, se enciende el fuego, papá — respondió ella, volviéndose con vivacidad.

— Eso lo sabe todo el mundo, Luisa. No veo en qué se aplica á nuestro asunto tu observación.

No lo veía en absoluto, y hay que hacerle justicia por ello.

Ahuyentó ella, con gesto casi imperceptible, su observación, y prosiguió en sus manifestaciones, mirando atentamente á su padre.

— Papá, he pensado á menudo que la vida es muy corta...

Entraba esto tan esencialmente en la esfera del Sr. Gradgrind, que replicó :

— Sin duda, corta es, querida mía. Se ha demostrado, no obstante, que la duración media de la vida ha crecido durante estos últimos tiempos. Los cálculos de diversas compañías de seguros sobre la vida y de rentas vitalicias, entre otros resultados indiscutibles, han establecido positivamente el hecho.

— Hablo de mi propia vida, papá.

— ¡ Ah! ¿ De veras? No tengo necesidad de observarte, Luisa, que tu existencia está some-

tida á las mismas leyes que gobiernan la existencia de las multitudes.

— Mientras la mía dure, quisiera hacer el poco bien que puedo, el poco bien de que se me ha hecho capaz... ¡Lo mismo da!

Esta última palabra, dicha por Luisa, pareció intrigar algo al Sr. Gradgrind, el cual respondió:

— ¡Cómo! ¿Lo mismo da? ¿Lo mismo da qué, hija mía?

— El Sr. Bounderby — continuó ella, con acento firme y decidido, — pide que me case con él. La pregunta que debo hacerme es: ¿Me casaré con él? ¿No es eso, papá? ¿No es eso lo que me ha dicho V., papá?

— Sin duda, querida mía.

— Sea. Ya que el Sr. Bounderby quiere tomarme así, no veo porque he de rechazar su proposición. Dígale, papá, cuando V. quiera, que tal es mi respuesta. Repítasela palabra por palabra, si puede V., ya que mi empeño es que sepa todo lo que he dicho, con exactitud.

— Siempre es bueno ser exacto, querida mía — replicó el Sr. Gradgrind, con aprobación. — Tu pregunta es muy juiciosa, para que yo deje de acatarla. ¿Tienes que expresar algún deseo respecto á la fecha del matrimonio, hija mía?

— Ninguno, papá. ¡Lo mismo da!

El Sr. Gradgrind había acercado su silla y tomado la mano de su hija. Pero la exclamación de esta última acababa de sonar mal á sus oídos. La miró un instante en silencio y repuso sin dejar su mano:

— Luisa, he creído ocioso hacerte una pregunta, porque su posibilidad me parece muy dudosa. Pero quizá debo dirigirte la... ¿Se te ha hecho alguna vez, en secreto, alguna proposición de esa índole?

— Papá — respondió ella, con acento casi desdeñoso — ¿Qué otra proposición puede haberseme dirigido, á mí? ¿Qué gente he visto yo? ¿Adónde he ido? ¿Qué experiencia ha hecho mi corazón?

— Querida Luisa — contestó el Sr. Gradgrind, satisfecho y tranquilo. — Tienes razón; yo era quien me equivocaba. Pero quería sólo cumplir con un deber.

— ¿Acaso sé yo — dijo Luisa, con su acostumbrada sangre fría — lo que son simpatías, caprichos, aspiraciones? ¿No se ha sofocado en mí esta parte de la naturaleza, en la que hubieran podido arraigarse cosas tan fútiles? ¿Me he alejado un solo instante de los problemas que se creen demostrar ni de las realidades que se pueden colegir?

En diciendo esto, cerró instintivamente la

mano, como si hubiera estrechado un cuerpo sólido, y luego volvió á abrirla lentamente, como para dejar caer ceniza ó polvo.

— Querida mía — expresó el padre eminentemente práctico, con semblante de júbilo. — Esto es verdad, muy verdad.

— ¿Acaso no soy yo la última persona del mundo á quien deba hacerse semejante pregunta? — prosiguió la chica. — Esas preferencias infantiles... (me he enterado de ello, á pesar del cuidado de V.)... que son propias de los corazoncitos, no han hallado nunca hogar inocente en mi interior. Ha sido V. tan cuidadoso para conmigo, que jamás he tenido corazón de niña. Me ha educado V. tan bien, que jamás he tenido un sueño de niña. Se ha portado V. tan sabiamente respecto á mí, papá, que jamás he concebido una creencia ó temor de niña, desde la cuna hasta hoy.

El Sr. Gradgrind estaba hondamente conmovido, por el éxito alcanzado y por el testimonio lisonjero que se le acababa de dar.

— Querida Luisa — dijo — Tú me recompensarás con creces. Abrázame, querida mía.

Le abrazó y le besó. Y el padre, reteniéndola en sus brazos, prosiguió :

— Puedo asegurarte, querida hija mía, que tu determinación juiciosa me llena de felicidad.

El Sr. Bounderby es una personalidad notable, y la desproporción ligera que pudiera advertirse en vuestra edad, si aquella existe, está más que compensada con la educación vigorosa que se ha dado á tu espíritu. Mi propósito ha sido siempre educarte de manera que, á partir de tus tiernos años, pudieses llegar á ser de más edad que yo, si puedo expresarme así. Abrázame nuevamente, Luisa. Y ahora vamos á ver á tu madre.

Bajaron al salón, en el que aquella estimable dama, inaccesible á toda chiquillada, estaba tendida sobre un canapé, según su costumbre, mientras Sissy trabajaba á su lado. Ofreció alguna ligera señal de volver á la vida, cuando ellos entraron, y la sombra chinesca, al poco rato, se halló en su adecuado asiento.

— Señora Gradgrind — dijo el marido, que aguardó con impaciencia á que realizara aquella evolución. — Permítame que le presente á la Sra. Bounderby.

— ¡Oh! — dijo la Sra Gradgrind — ¡has terminado ya, por fin, este asunto! Pues mira, espero que disfrutarás de buena salud, Luisa; pues si tu cabeza tuviera que romperse, como la mía, desde el comienzo de tu matrimonio, no me parecería tu suerte digna de envidia, aunque piensas, sin duda, lo contrario, como hacen

todas las muchachas. Lo mismo es; te felicito, querida mía, y deseo que saques provecho de tus estudios hológicos, ¡puedes creerlo! Voy á darte un beso de enhorabuena, Luísa; mas no me toques el hombro derecho: siento en él un dolor que me va de arriba abajo. Cátate que ahora — prosiguió la Sra. Gradgrind, ajustando su chal á raíz de esta afectuosa ceremonia — tendré que devanarme los sesos, de la mañana á la noche, para saber cómo llamarle á él.

— ¡Señora Gradgrind! — preguntó el marido, en tono solemne. — ¿Qué quiere V. decir?

— ¿Cómo tendré que llamarle á él, señor Gradgrind, cuando sea el esposo de Luísa? Será preciso que le dé un nombre ú otro. Es imposible — continuó la Sra. Gradgrind, con acento que denunciaba, á la vez, un sentimiento profundo de las convenciones y de su propia dignidad — que le dirija la palabra constantemente, sin darle un nombre. No puedo llamarle Josué, porque este nombre me es insoportable. Tú mismo no podrías oír pronunciar el diminutivo Joe, ya lo sabes. ¿Debo llamar *señor* á mi yerno? No, sin duda; á menos que yo entonces quede reducida, so capa de mi desvalimiento, á ver á mi familia y parientes insultarme y pisotearme. ¿Cómo tendré, pues, que llamarle?

Como ninguno de los circunstantes estaba en

disposición de socorrerla, en trance tan difícil, sugiriéndole el medio de solucionar el problema, la Sra. Gradgrind se oscureció provisionalmente, después de agregar el codicilo siguiente á las ya ejecutadas observaciones:

— En cuanto á la boda, todo lo que te pido, Luísa (y te lo pido con las palpitaciones de pecho que se extienden efectivamente hasta la planta de mis pies) que se celebre cuanto antes. No tengo ganas de que sea cosa interminable.

Cuando el Sr. Gradgrind presentó á la Sra. Bounderby, Sissy volvió repentinamente la cabeza y dirigió á Luísa una mirada llena de asombro, de conmiseración, de tristeza y de incredulidad. Luisa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la chica. A partir de este instante se volvió impasible, altiva y fría; mantuvo á Sissy á distancia y cambió del todo respecto á ella.

## CAPÍTULO XVI

### MARIDO Y MUJER

La primera desazón del Sr. Bounderby, al enterarse de su felicidad, fué debida á la necesidad de transmitir aquella nueva á la Sra.